

Blanca Sarasua

De Gandiaga a Gandiaga*



Orbelaun.

Nací en el caserío Orbelaun de Mendata en octubre de 1928. En la estación del año donde el dorado y cálido viento sur penetra en las zonas verdes montañosas y enciende la más variada flora. Conocí en Nabarniz a mi primer maestro de escuela, Don Sixto. Mi tío Eulogio me regaló el primer catón vasco y me exhortó a su aprendizaje. Más tarde acudí a la escuela de Arrazua en la temporada invernal. No había escuchado nada de boca de un maestro hasta que nos presentaron a uno de pequeña estatura. Dicen que era navarro. No lo puedo afirmar a ciencia cierta. Pronunció algunas palabras en vasco y ese es el único recuerdo grato que guardo de la escuela.

Proseguí los estudios en Aránzazu aunque todavía no alcancé a comprender gran cosa, pero en Aránzazu aprendí euskara hasta el agotamiento.

Qué es soledad

“La absoluta, la completa, la verdadera soledad, consiste en no estar ni aún consigo mismo.
(Miguel de Unamuno)

Esto no es soledad.
Derribada la tapia del silencio
me acompaño como el mejor amante.
Una brisa de hierba me suaviza,
me quiero, me siento invulnerable.
No. Esto no es soledad.
Mas hay veces que me llevo la contraria
y estallo en cien mil fuegos de voltaje;
y por dónde salir, dónde la brecha,
qué hacer conmigo si rompo en marejada.
Tampoco es soledad, aunque me estrague.
Soledad es no ser, no delatarse,
no existir en tu centro, no pensarte.
Es una tumba que siempre estará echada
donde la nada no se llama nada,
porque no hay algo vivo que la nombre.
Esa es la soledad a la que temo.

Ballestas contra el miedo

Hay miedo en los suburbios de la noche
y no aparece el niño que brinca en el pasado,
ni el mantel que acogía con puntillas de madre.
Es la noche que ataca con sus radas vacías,
la noche penetrando sin mostrar credenciales
y derrama su remo de alcazabas de sombra.
Cuántas veces la noche. Esa noche que ateza.
Y sin embargo hay más. Llamadlo como sea,
poetas, insumisos de la vida,
que no os sirve el silencio de ojivas y paz muerta.
Hay muñecos plegados con sus muelles ocultos,
hay címbalos y fiestas y pórticos y alas
y espacios que preparan su emulsión de asteroides.
Ballestas contra el miedo
que no encuentran su aljaba, me diréis.
Llamadlo como sea.

La casa en venta

Dirán que es un osario de muebles desahuciados.
Que las bombillas alumbran por costumbre,
como los párpados tercos de los muertos.
Que las alfombras son sudarios.
Ya no queda ni un ruido andando por la casa
y los espejos hace tiempo se apagaron,
pero hay silencios prietos por todas las esquinas
y por las chimeneas, unas cuantas palabras,
que quisieron quedarse crujiendo entre cenizas.
La casa hace tiempo que está muerta,
eso dirán
y no verán que los retratos aún se miran.

A los diez años se apoderó de él una enorme curiosidad: debía de inspeccionar todo lo que se encontraba a su alcance, pero esta actitud no era del gusto de todos. En cierta ocasión su madre le dijo que parecía tonto, pues cada vez que hablaba se le quedaba mirando a la cara y, sobre todo, a los labios. Esto es lo único que nunca le ha perdonado.

Condiciones favorables

Sin entrar en litigios, limpiamente,
marca su territorio una campana.
Mas luego este silencio que preconiza un cambio.
Tu andar por el pasillo ¿dónde está?,
¿hacia qué chal regresas?.
Un mueble me recuerda que estás bajo la tierra
y me filman tus ojos desde tu esquina íntima
cercados en un marco.
Ya está. A punto el escenario
por si pudiera ser. Algo pasa volando
y justifica el día. Nos dejarán en paz
sin testigos, sin actas, no debes preocuparte.
Para tu cuerpo exhausto he puesto un almohadón,
el ritual de las llamas...
Ahora pon de tu parte y salta del retrato

A los diez años, en medio de una pesadilla nocturna, se le apareció su padre mirándole con rabia con unos colmillos como las púas de una laya.



B. Gandiaga, con sus padres y hermanos menores, José y María